

## Curriculum

Es muy amable al acceder a escuchar mi historia. Espero no robarle demasiado tiempo. Tendré que utilizar algunos nombres de difícil pronunciación para usted; pero no se preocupe, no serán muchos.

Para situar mi relato, le diré que los seres humanos (como usted y, al menos por ahora, también yo) habitamos aquí, en lo que llamaré tierra media o Midgardr. Los dioses y sus allegados viven en Asgardr, mientras que las criaturas malignas están en Utgardr. Quizá usted lo entendería mejor si los llamara Tierra, Cielo e Infierno, respectivamente; pero, a decir verdad, no son exactamente lo mismo.

Existe en Asgardr un recinto llamado Valhöll (la Estancia de los Muertos). Allí se celebra el banquete del dios supremo, Odín. Ese nombre, al menos, no le resultará desconocido. Los invitados al banquete son los einherjar, guerreros de Midgardr que han muerto en combate. Las valquirias los recogen del campo de batalla y los llevan a Valhöll, en donde, por así decirlo, resucitan. Allí pasan los días combatiendo, y las noches comiendo y bebiendo. Beben sobre todo vino y cerveza, y algunos también aguamiel, un brebaje para mujeres al que las valquirias llaman néctar de los dioses. Su comida es la carne de jabalí que cada día les prepara Andhrimnir, el cocinero de Odín.

Todo lo anterior está documentado en montones de libros. Incluso puede encontrarlo en Internet; luego le daré la dirección de una página que yo mismo he preparado. En ella le resultará fácil ampliar la información que le doy con otros datos de interés, como, por ejemplo, cómo se creó el mundo, algunos de los sobrenombres de Odín o las distintas clases de seres que habitan Asgardr.

Lo que no encontrará, ni allí ni en ningún sitio, son las recetas que Andhrimnir emplea para preparar el jabalí que sirve cada día a los einherjar. Pero *yo* sí conozco esas recetas.

Porque *yo* soy Andhrimnir.

...

Odín, que es un experto en magia, creó la Estancia de los Muertos para albergar a sus einherjar; para alimentarlos dispuso una cocina con una nutrida despensa. Sobre el fogón colocó un enorme caldero, y junto al caldero un jabalí a su medida, listo para matar y cocinar. Un momento después aparecí yo.

Inmediatamente me puse manos a la obra, como si llevara allí toda la vida. Matar al jabalí fue más fácil de lo que podría pensarse, ya que el pobre animal carecía de instinto de supervivencia; posiblemente intuía que a la mañana siguiente volvería a la vida, con su carne completamente regenerada sobre sus huesos. Pero cuando me disponía a cocinarlo, eché en falta cierta información. Por eso, cuando poco después entró una valquiria en la cocina, aproveché para preguntarle:

— ¿A cuánta gente tengo que alimentar con este jabalí?

— Eso no te importa —me contestó—. Tú guisa la carne y córtala en raciones bien grandes. Nosotras vendremos a recoger los platos cuando estén listos y te avisaremos cuando no hagan falta más.

Obedientemente, proseguí mi tarea. Aunque el dios supremo había inculcado en mí los conocimientos de un cocinero de categoría, lo cierto es que ese día no tuve tiempo para esmerarme. Por eso mi primera receta en Valhöll fue, digamos, más bien simple: jabalí asado en su propio jugo, y pare usted de contar.

Cuando estuvo preparado empecé a cortarlo según me habían dicho. Por el tamaño calculé que daría para unas cincuenta buenas raciones; pero lo cierto es que, cuando una valquiria me anunció que ya era suficiente, había preparado no menos de mil platos.

...

Antes de seguir, creo que es el momento de contarle algo más sobre la vida en Vallhöll. La Estancia tiene quinientas cuarenta puertas, por las que salen cada mañana los einherjar. Como ya le he dicho, dedican el día entero a combatir entre sí. Cuando se pone el sol, se curan instantáneamente de sus heridas (incluso las mortales) y entran de nuevo en la Estancia, entonando sobrecogedores cánticos de batalla. Se sientan sobre unos bancos alrededor de la mesa, devoran su ración de jabalí y beben hasta hartarse. Luego duermen a pierna suelta sobre esos mismos bancos, hasta que el sol se levanta y regresan al campo de batalla.

Los combates diarios no son sólo una diversión; son también un ejercicio para mantener en forma a los einherjar, que el día del Ragnarök (algo parecido al Apocalipsis de ustedes) habrán de enfrentarse a las fuerzas malignas invasoras, procedentes de Utgardr. Como veo que no se toma muy en serio esta parte, me abstendré de entrar en detalles.

Si la vida de los einherjar le parece monótona, figúrese la mía, todo el día solo en la cocina: primero tenía que matar al jabalí y guisarlo; luego, cortarlo en miles de trozos y ponerlo en los platos; por último, totalmente agotado, me echaba a dormir sobre el suelo de la cocina. Y así día tras día, y siglo tras siglo.

Al principio, el número de comensales aumentaba cada día, a medida que las valquirias iban trayendo a nuevos guerreros; sin embargo, llegó un momento en que Odín juzgó tener una cantidad de soldados suficiente para defender Asgardr. Entonces dio por terminado el reclutamiento y procuró que los humanos, poco a poco, perdieran el interés por su banquete. Eso explica, sin duda, que los temibles pueblos del norte de Europa, que asolaron el continente en el pasado, vivan ahora pacíficamente, y sus héroes ya no sean fieros luchadores, sino tenistas, héroes del pop o conductores de automóviles de competición.

...

Después de esta digresión, continuaré con mi historia. En mi segundo día en Valhöll tuve tiempo de explorar la gran despensa, gracias a lo cual pude mejorar mi receta. No me pareció necesario andar con exquisiteces, pues al fin y al cabo se trataba de comida para tropa. En consecuencia, me limité a añadir un poco de picante y, por aquello de la estética, unos adornos de perejil.

Pero luego llegó el tercer día, y el cuarto, y el quinto, y en cada uno de ellos introduje un pequeño cambio sobre la receta empleada el día anterior. Después de todo, esos cambios eran mi única arma contra la

rutina diaria. La variedad de la despensa me ayudó a mantener este juego durante siglos, sin repetir la fórmula jamás. Aunque no lo crea, recuerdo todavía cada una de las recetas que compuse, así como el orden preciso en que fueron utilizadas.

Con esas banalidades fui haciendo más llevadera mi triste existencia. Los rudos comensales nunca hicieron comentarios sobre los cambios en el menú, probablemente porque nunca los notaron. Tampoco lo hicieron las valquirias, que se limitaban a entrar en la cocina, coger los platos, llevarlos a las mesas, volver a la cocina, y así una y otra vez, hasta que Odín y todos los einherjar quedaban servidos.

Y así fueron pasando, como ya he dicho, los siglos, hasta hace un año, poco más o menos.

...

Obviamente, con el paso del tiempo fue cada vez más difícil encontrar una nueva combinación de ingredientes para el jabalí (siempre observando las leyes del arte culinario). Finalmente, una mañana tuve que rendirme a la evidencia: había agotado completamente todas las posibilidades que ofrecía mi despensa.

Por supuesto, nada me impedía repetir cualquier combinación anterior. Mis comensales no lo habrían notado, y en todo caso no les habría importado lo más mínimo. Pero a mí sí me importaba. Pensaba que eso habría supuesto claudicar frente a la rutina que había estado combatiendo todo ese tiempo.

Sólo se me ocurrió una alternativa: cambiar el elemento principal, es decir, prescindir del jabalí. Logísticamente eso no era problema, pues la despensa tenía reservas enormes de todo tipo de carnes y pescados; pero ¿les gustaría a los einherjar? ¿Y, sobre todo, cómo reaccionaría el colérico Odín?

Finalmente, mi determinación de innovar pudo más que todos mis temores. Por primera vez, el jabalí quedó con vida; en su lugar cociné unos cuantos miles de perdices. Empecé a llenar los platos y contuve la respiración, atento a cualquier sonido procedente del comedor.

Las valquirias, concentradas en su trájín, no notaron el cambio. En cuanto a los einherjar, sin duda tenían el paladar completamente atrofiado, pues les oí cantar y eructar como cualquier otro día.

Pero mientras ponía las últimas perdices en los platos oí unos horribles gritos de dolor, procedentes de la sala principal. Ningún guerrero de Odín podría proferir esos aullidos, aunque fuera sometido al suplicio del águila de sangre (cuya descripción le ahorraré para que no se me desmaye aquí mismo).

¿Qué había sucedido? ¿Quién lanzaba tan espeluznantes gritos? Mientras me hacía esas preguntas, el propio Odín entró como un huracán en mi cocina y clavó en mí la espantosa mirada de su único ojo.

...

Lo siguiente que recuerdo es verme arrastrado en el aire por dos valquirias a caballo, en medio de una terrible tormenta. Me dejaron caer en un bosque pantanoso, negro como la muerte, inmundado y hediondo.

Comprendí en seguida que estaba en Utgardr. Odín me había condenado (por un motivo que entonces no podría explicar con exactitud, pero que tenía que ver sin duda con mis perdices) a ser, quizá hasta el fin de

los tiempos, blanco de las iras de todos los seres malignos que pueblan aquella tierra.

Antes de que pudiera dar un paso, cayó sobre mí una banda de trolls vagabundos. El gusto de esas criaturas por la crueldad es inagotable; la presencia de una posible víctima les excita salvajemente. Al verme, comenzaron a discutir agriamente sobre el suplicio que más me convenía. Por fin uno de ellos dijo:

— Llémosle ante Loki. Que decida él.

Los otros trolls sin duda pensaron que ésa era una gran idea: Loki, hermano de Odín por juramento, es taimado, envidioso y refinadamente cruel. Él ideó la muerte del hermoso Baldr, hijo del dios supremo, cuya bondad no soportaba. Por su crimen fue castigado para toda la eternidad, así que, cuando los trolls me llevaron ante su presencia, hay que reconocer que no se encontraba en su mejor momento.

Estaba dentro de una cueva, atado a unas rocas. Sobre su cabeza, una serpiente secretaba un veneno de aspecto nauseabundo. Una mujer (su abnegada esposa Sigyn) lo recogía con una copa, pero cada vez que ésta se llenaba, tenía que retirarla para vaciarla. Entonces el líquido corrosivo caía sobre Loki y le hacía dar espantosos gritos de dolor. En uno de sus momentos de alivio, me miró con desprecio y me preguntó:

— ¿Quién eres y por qué has venido a Utgardr?

Me di a conocer como cocinero de Odín y añadí que las valquirias me habían traído a la fuerza.

— ¿Y por qué te ha desterrado mi querido hermano? —esta vez su tono de voz revelaba más interés.

Respondí que no lo sabía, y le relaté el incidente de las perdices. Cuando terminé de hablar, Loki estalló en una estremecedora risotada.

— ¡Ja, ja, ja! ¡Se la has hecho buena a ese tuerto engreído con tus perdices! Merecerías un premio más que un castigo, pero yo ya soy viejo para cambiar mis costumbres. Además, estos trolls quieren espectáculo. Pero antes te daré una oportunidad.

En ese momento, Sigyn tuvo que retirar la copa y Loki volvió a aullar. Luego continuó:

— Irás a Midgardr. Adoptarás la forma de un ser humano y visitarás las posadas en las que sirven comida a los caminantes. Durante un año irás a tantas como te sea posible y hablarás con sus dueños. Les contarás tu historia desde el principio, incluido lo de las perdices, y también tu encuentro conmigo. Mientras dure tu estancia entre los humanos, detendré el tiempo en Valhöll.

Me sorprendió que un ser capaz de tal cosa se hubiera dejado conducir a tan humillante condición; pero me abstuve de expresar mis dudas al respecto. Tras otra interrupción forzada, Loki prosiguió:

— Pedirás a cada posadero que te dé trabajo como cocinero. Si alguno de ellos te acepta, trabajarás un tiempo para él y luego volverás a tu cocina. Odín no recordará lo sucedido. Seguirás trabajando allí como si nada hubiera pasado, si bien te recomiendo que en adelante te limites a cocinar jabalí.

Después de otra pausa, terminó de dictar mi destino:

— Si en un año ningún posadero ha accedido a darte trabajo, volverás a esta cueva y pasarás a

disposición de los trolls. Cuando terminen contigo, me temo que mi hermano tendrá que buscarse otro cocinero. ¡Y ahora, fuera todos de aquí!

Mientras los trolls me arrastraban fuera de la cueva, añadió entre carcajadas:

— ¡Cuando estés en Midgardr, intenta averiguar por qué se enfadó el gran Odín contigo!

...

Al instante siguiente me vi convertido en la persona que tiene usted ante sus ojos. Si Odín puso en mí unos sofisticados conocimientos culinarios (que aún conservo), Loki no le anduvo a la zaga: fue capaz de dotarme de un aspecto elegante, un idioma correctamente hablado (con cierto acento noruego), una carrera de ingeniería, un pasado totalmente legal y una tarjeta de crédito, gracias a la cual me alojo en los mejores hoteles. En todos estos meses me he acostumbrado a la buena vida, pero me temo que el final de este extraño sueño está ya muy cerca.

El dios malvado me convirtió, en suma, en un hombre moderno, lo que me permitió, entre otras cosas, conocer Internet. Gracias a ello pude averiguar algunos aspectos de la vida en Valhöll que, pese a suceder a pocos pasos de mi cocina, desconocía. Así pude deducir, por fin, lo que había pasado con mis perdices. Sobre eso y algunas cosas más relacionadas con mi relato podrá informarse en mi ya mencionada página personal, que le ruego tenga a bien visitar, antes de que Loki borre todo rastro de mi paso por Midgardr:

[http://www.geocities.com/andhrimnir\\_valholl](http://www.geocities.com/andhrimnir_valholl)

Loki eligió este hermoso país para mi año de purgatorio, aunque sospecho que lo hizo para dificultar mi labor; ya que nadie entre ustedes cree que existan los seres de que le hablo. Al menos debo reconocer que son extremadamente educados con los extranjeros. En los meses que llevo recorriendo restaurantes, toda la gente con la que he hablado ha escuchado cortésmente mi historia hasta el final.

Claro está que ninguno me ha creído, y todos me han despedido con una amable sonrisa. Pero en realidad yo no necesito que me crean. La única condición que puso Loki para evitar mi castigo es que alguno de ustedes me dé trabajo.

Y ésa es toda mi historia. Soy Andhrimnir, el cocinero de Odín. Nadie en este mundo tiene más años de experiencia en este oficio que yo. Repito: no hace falta que me crea, si no quiere. Pero... ¿me contrata?